

# “Yo no soy ese chiquillo al que Jordi Pujol puso ahí delante por enchufe”

MIS ENTREVISTAS

XAVIER SALA I MARTÍN



—Explique por qué cree usted que está cualificado para gobernar un país como Catalunya.

—Hace 25 años que me pateo el país, que he tratado con sus gentes diversas, he estado unos cuantos años dirigiendo departamentos de la Generalitat. También sé lo que es estar en la oposición: ocho años en el Ayuntamiento de Barcelona y ahora tres años más en el Parlament. Finalmente, he estado unos cuantos años, unos ocho o nueve, al otro lado de la trinchera, trabajando en empresas privadas, desarrollando departamentos de exportación. Por tanto, sé lo que quiere decir pagar nóminas a final de mes, que no siempre es fácil, y sé que quiere decir conseguir buenos resultados cada año, que no siempre es fácil, tanto política como empresarialmente.

—No ha mencionado estudios.

—Soy licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales. También empecé la carrera de Derecho, aunque no la terminé. Soy trilingüe desde pequeño gracias a que mis padres me enviaron al Liceo Francés: era una escuela que estaba cerca de casa. Con el paso del tiempo he conseguido hablar correctamente el inglés...

—¿Liceo Francés? ¿Quiere decir que es usted de una familia bien?

—Yo soy de una familia acomodada...

—¿Pija?

—No, hombre, pija no! Soy de una familia relativamente acomodada, pero que todo lo que ha tenido se lo ha ganado con el esfuerzo. No tenemos patrimonios heredados en absoluto. La evolución de mi familia se parece a la de mucha gente en Catalunya. Mi abuelo materno, que era de Valls, tuvo que irse de casa a los trece años, cuando murió su padre, que era maestro de obra, y se fue a trabajar de aprendiz en una tienda en Reus y con el paso del tiempo fundó una pequeña empresa textil en Sabadell. Y mi abuelo paterno, de Vilassar de Mar, fundó una pequeña empresa en el sector de los ascensores y del material de elevación, y hasta mi padre, en su momento, acabó trabajando ahí. En definitiva, vengo de gente de oficio, gente de taller, gente de la pequeña burguesía catalana que con mucho esfuerzo fue evolucionando hasta conseguir un nivel familiar cómodo ganado con su esfuerzo.

—El señor Montilla dice que él, mientras estudiaba, tenía que trabajar doce horas al día. Usted no tuvo que trabajar, ¿no?

—Mientras estudiaba en la escuela no tuve que trabajar.

—¿Y en la universidad?

—Mientras estuve en la universidad, sí. En los dos últimos cursos de carrera tuve que ayudar a mi padre en unas circunstancias familiares difíciles, porque la empresa que había creado mi abuelo en los años veinte hizo suspensión de pagos. Fueron unos años muy duros en casa y yo, que era el mayor y que además estaba estudiando Economía y Empresa, me puse al lado de mi padre. Y eso me obligó a vivir una realidad dura.

—Mucha gente de su generación estuvo implicada en la lucha antifranquista, usted no. ¿Por qué?

—Pues mire, yo lo he explicado muchas veces: cuando Franco murió yo tenía 19 años y, efectivamente, en ese momento yo no estaba implicado en esta lucha, no era una persona...

—Cuando Franco murió, Montilla tenía veinte y sí luchaba...

—Sí, sí, sí. Y Pujol tuvo la revelación de lo que él tenía que hacer por Catalunya a los doce o trece años. Es decir, hay gente que a los quince años ya está en todo tipo de revoluciones y hay gente que va madurando con el paso del tiempo. Pero le estaba contando que Franco murió cuando yo tenía 19 años, y yo, a esa

edad estaba estudiando y preparándome para trabajar en el mundo de la empresa. No es que estuviese a favor de Franco, ni mucho menos. En casa se celebró la muerte de Franco. Pero es cierto que yo no había destacado en el antifranquismo, como tampoco había destacado en el nacionalismo catalán. En esa época empecé a tener unos primeros amigos que venían del mundo más nacionalista catalán y a partir de ahí empezó eso que se denomina un proceso de contagio. Me implicé cada vez más a partir de los 25 años y, de hecho, ya llevo más de veinte años vinculado al catalanismo y al nacionalismo catalán. Pero por un proceso de decantación, un proceso de contagio gradual y no un proceso de revelación.

—Hay quien dice que este proceso de contagio no es más que un proceso de ambición personal. ¿Es usted un catalanista genuino o sólo es catalanista porque ése es el mejor camino para alcanzar el poder?

—Hombre, hay tres cosas que he hecho en mi vida, que son ejemplos muy claros. Primero, en el año 1988, siendo, con 32 años, el director general más joven de toda la Generalitat, decidí ir al sector privado. ¿Cree que hubiera abandonado la Generalitat en aquellas circunstancias si lo único que me importaba era el poder político? Segundo, en el año 1995, después de haber estado luchando en el Ayuntamiento de Barcelona contra el alcalde olímpico Pasqual Maragall, vinieron unas elecciones municipales en las que estaba convencido de que sería el candidato de CiU, pero al final se decidió que sería Miquel Roca. En lugar de abandonar el Ayuntamiento, que es lo que hubiera hecho si sólo pensara en el poder, lo que hice es ponerme de segundo del organigrama. Tercer ejemplo, hace tres años gané unas elecciones en Catalunya y en lugar de dejarlo porque no fui presidente, me quedé en la oposición sin saber cuántos años duraría. Una persona a quien sólo le interesa el poder se hubiera ido a otra parte. Una persona que se preparó a fondo para trabajar en el mundo de la empresa privada si se dedica a la política durante más de veinte años, es por algo más que por interés, ya que en la política se cobra menos, se tienen muchos más dolores de cabeza, sacrificas una parte de la familia y de tus aficiones personales y, además, no eres reconocido socialmente, porque es la profesión menos valorada de todas en estos momentos. Por tanto, alguna cosa más debe haber aparte del interés.

—A usted, como a todos los que nacimos durante el franquismo, se le puso un nombre español. En su caso, Arturo. ¿Cuándo se catalanizó usted el nombre a Artur?

—En 1999-2000, aproximadamente. Era un asunto al que yo no daba prácticamente importancia...

—Yo me llamaba Javier y me lo cambié el primer día que se permitió hacer el cambio, creo que por el año 1976.

—Pues yo me lo cambié el primer día que no se tenía que pedir sino que se podía exigir. Lo que pasa es que a mí en casa no me dijeron nunca Artur. Me llamaban Arturu.

—¿Hablaban el catalán en casa...?

—¡Siempre! En casa sólo se hablaba catalán.

—¿Y eso de Arturu?

—En las familias catalanas hay mucha gente a la que, siendo catalanes, se les llama Francisco, Fernando, Domingo. Fíjese, por ejemplo, este mismo año, en la Fira del Càntir de Argenton vi que mucha gente se llamaba Domingo, porque ése es el nombre del patrón. Les pregunté por qué no lo cambiaban a Domènec. Me dijeron que no, que se querían llamar Domingo y que no por eso eran menos catalanes.

—Pues si la familia le llama Arturu y eso ya es suficientemente catalán y catalanista, ¿por qué se lo cambió en 1999? ¿Intuía que sería una barrera para su progresión política?

—No, hombre, no. Lo que pasa es que era una cosa que tenía pendiente desde hacía tiempo y lo fui dejando. Finalmente, cuando reformaron la normativa facilitando el proce-

ARTUR MAS  
Candidato de CiU

## OPOSICIÓN

“Es una etapa que doy por buena; es duro, sobre todo si al final has ganado”

## FOTO DE LA MONCLOA

“Tuve cinco reuniones con Zapatero en los meses anteriores y nadie se enteró”

## NOTARIO

“No veo polémica; es una forma gestual de decir que el compromiso es firme”

## PACTOS

“Prefiero estar en la oposición que formar gobierno con el PP”



so lo hice. Ahora bien, le añado el comentario: si el grado de catalanidad de una persona se tiene que medir por lo que dice un carnet de identidad no vamos bien. Yo creo que el aprecio que una persona pueda tener a su país se mide por sentimientos, fidelidades, lealtades, por emociones, compromisos...

—¿En qué ha cambiado usted estos tres años? ¿Será ahora mejor presidente de lo que hubiera sido antes? ¿Da por bueno su paso por la oposición?

—Sí. Lo doy por bueno. A ver, ha sido muy duro, porque anímicamente es más fácil ir a la oposición si pierdes que si ganas. Porque si pierdes, sabes que en democracia te toca ir a la oposición. En Catalunya se hicieron combinaciones un poco extrañas y los que perdieron terminaron gobernando. En los países normales cuando se pierde se va a la oposición.

—Eso no es lo que creía usted en el año 2003. En una entrevista del domingo 13 de abril del 2003 usted dijo en *La Vanguardia*: “Si puedo gobernar, aunque no sea la lista más votada, lo haré”. ¿Creía usted entonces que Catalunya no era un país normal?

—Muy mal. Aquí no estuve nada acertado.

—Volviendo al tema de si la oposición le ha ido bien...

—Puesto que estar en la oposición a pesar de haber ganado es muy duro anímicamente, durante un año entero, el 2004, me dediqué más a hacer de psicólogo que de político. He intentado recuperar el ánimo general dentro de Convergència i de CiU. Pasado ese bache, que lo fue, pienso que estos tres años nos han permitido demostrar que podemos hacer un gran servicio al país desde la oposición. Ade-

más, para mí personalmente ha sido positivo, porque en estos momentos soy más Artur Mas y menos ese chiquillo al que Jordi Pujol puso ahí delante por enchufe.

—Hace un año usted pronunció un discurso que muchos catalogaron de liberal. ¿Qué es el liberalismo? ¿Usted lo defiende?

—Yo no me he considerado nunca un liberal clásico, ni liberal al cien por cien. Lo que pasa es que muchas de las cosas que yo pienso conectan en parte y algunas en mucho con el pensamiento liberal. Por ejemplo, yo soy claramente partidario del binomio libertad-responsabilidad dirigido a las personas y a la sociedad. Creo que tiene que haber una auténtica confianza en la iniciativa y la responsabilidad de la gente. Segundo, creo que, siendo muy importantes los gobiernos, entiendo que éstos no pueden ni decidirlo ni controlarlo todo.

—Uno de los debates que hay ahora en Catalunya es el del tipo de intervención pública en el ámbito social. A usted se le acusa de neoliberal por aquello de los cheques. He mirado su página web y la lista de cheques es interminable...

—No, interminable no. Está dirigida a una sola política grande, que es la familia.

—Cheques a la infancia, cheques de nacimiento, cheques sanitarios, cheques escolares...

—Todo esto es un bloque entero denominado *Familia y natalidad*, y sólo en este bloque existe una política que denominamos de cheques, pero claro...

—Cheques de inglés...

—No cheques de inglés. Lo del inglés es una desgravación fiscal, no es un cheque directo. Pero lo importante no es tanto la medida en sí misma como el mensaje y la actitud: yo apuesto por una Catalunya trilingüe y quiero dar un mensaje a la sociedad catalana en este sentido. Para cambiar la mentalidad y actitud del país, el Govern dará indicios de que las personas que hacen un esfuerzo en ese sentido tendrán un pequeño estímulo. No será demasiado grande (es decir, no pagaremos los estudios de inglés, chino, árabe o francés), pero daremos una pequeña ayuda.

—Entiendo lo del inglés, pero ¿por qué los contribuyentes tienen que subsidiar a las familias para que éstas tengan hijos?

—Por dos razones muy sencillas. Primero, porque un país puede pasar de dos a siete millones de habitantes, pero no se puede pasar de seis a uno.

—¿Por qué?

—Hombre, porque pierde vitalidad por todas partes. Y pasa otra cosa, que es la segunda razón de interés general. Si para que funcione la economía y el Estado de bienestar se tiene que importar gente de fuera, como está pasando, uno puede acabar teniendo problemas de convivencia, de cohesión social y de reforzamiento de la personalidad del país. En este caso, en lugar de atraer gente de fuera, es mejor que la gente de aquí tenga más hijos.

—¿Sabe cuántas veces aparece la palabra social en su programa?

—Sinceramente, no lo he contado.

—198 veces.

—Y después dicen que somos neoliberales.

—Ustedes dicen que Catalunya tiene un problema de competitividad. ¿Qué es la competitividad?

—La competitividad es la capacidad que tenemos nosotros de situarnos en este mundo globalizado en circunstancias positivas de colocar nuestros productos, nuestros bienes, nuestros servicios por todo el mundo, y por lo tanto de hacer subsistir nuestro tejido productivo tanto a corto como a largo plazo.

—¿Cuál es el problema de nuestra competitividad?

—Pues que tenemos un modelo económico que no acaba de ser el óptimo. Es bueno desde el punto de vista del crecimiento económico, porque crecemos por encima del 3%, crea puestos de trabajo, etcétera, pero está basado en la importación de mucha mano de obra barata. Además, el crecimiento está sustentado